Carmen Soto (ed.), He visto al que me ve, EUD, Estella 2006

la escala de Jacob
mientras el ángel, asombrado,
miraba la ascensión de los amantes.
¡Bendito el día en que nací!
¡Bendito el día en que mi madre me parió!
¡Bendita la mujer que anunció a mi padre
«has tenido una hija mujer», llenándolo de gozo!
Sea esa mujer como las ciudades que Yavé construye
donde por las mañanas se oyen gritos de júbilo
y risas al mediodía.
¡Porque nací del vientre de mi madre,
ella me dio a luz para que yo te desafiara
y tú me sedujeras
y que mi vida sea llena de gozo y alegría!

Michele Najlis *(Cantos de Ifigenia)*

Palabras del corazón insomne

«Yo dormía, mas no mi corazón»
(Cantar de los Cantares 5,2)

No duerme, amor, mi corazón insomne
no duermen mis manos que repiten tus gestos
no duermen mis pies
no duerme mi voz que te persigue y te rodea
no duerme mi piel, porque la tuya
está grabada en cada poro
no duerme mi cabeza bañada de rocío
mi corazón erguido no descansa
porque calma la sed en el espejo
oasis, espejismo de la sed del desierto.
No duerme, amor, mi corazón lleno de sol
lleno de luna, de luz, de primavera.
No duerme mi corazón de fuego
mi frágil corazón de llanto no descansa.
No duerme, amor, mi terco insomne corazón
que espera tu llegada.

Michele Najlis *(Cantos de Ifigenia)*

ELISA ESTÉVEZ LÓPEZ

3 | PARA TU LIBERTAD BASTAN MIS ALAS[1]: ENCUENTRO DE JACOB CON LA DIVINIDAD

No son fáciles ni diáfanos los momentos que vivimos. Una vez, una amiga me decía: «Cuando los mapas no sirven, hay que volver a mirar a las estrellas». Es decir, hay que volverse hacia lo fundamental, hacia las raíces donde se alimenta la vida, hacia las experiencias generadoras de sentido. Es preciso cambiar la piel y revestirse de otras ropas, convertirse en buscadores de esperanza y de luz, salir al encuentro de los testigos que recorren las sendas de los pueblos, dejarse alcanzar e invadir por la luz que emana de las *semillas del Verbo* diseminadas en la historia, consentir que Alguien desvele nuestro misterio personal al mirarnos en su Rostro[2].

El tiempo que vivimos es una oportunidad para reencontrarnos con los testigos que nos precedieron, con sus historias de vida y consentir que su *llama vacilante, incierta y frecuentemente débil*, presente en sus existencias y en sus obras, se proyecte en nuestra historia y alumbre los tiempos que vivimos[3]. Ellos y ellas son para nosotros un *tesoro anónimo con nombre y figura*, que nos invita no sólo a recordar sino a *aclarar en su espejo nuestra angustia e incertidumbre*, a descubrir en sus gestos y en su palabra ese *saber no sabido cargado de significaciones* para nuestra historia actual[4].

---

[1] Expresión de Pablo Neruda.
[2] Cf. TERESA DE JESÚS, «Búscate en mí», *Obras completas*, Espiritualidad, Madrid 1976, pp. 1267-1268.
[3] Cf. Hanna ARENDT, *Men in Dark Times*, Harcourt, Nueva York 1968, p. ix.
[4] Cf. María ZAMBRANO, *El pensamiento vivo de Séneca*, Cátedra, Madrid 1987, p. 11.

La búsqueda de quiénes somos y la pregunta por el sentido de lo que hacemos y vivimos es siempre una tarea inacabada, pero sobre todo, es una cuestión que nos refiere a un tú, una interpelación que nos provoca a trascendernos[5]. En el silencio, en la soledad, en la palabra compartida, se escuchan sus ecos y se amplían sus voces. Es una pregunta que surge en el interior de cada persona, pero que resuena en los espacios en que nos movemos, que interroga nuestros tiempos, que cuestiona nuestras respuestas. Genera en nosotros, mujeres y hombres, búsquedas fecundas que nos invitan una y otra vez a atravesar umbrales, a cruzar fronteras. Salidas y entradas van conformando nuestro ser itinerante, y van definiendo nuestro modo de estar, de relacionarnos, de pensar y de sentir, de gozar y de amar.

La diversión y el placer como fines, la construcción individualista y arribista del propio futuro, distorsionan la búsqueda de nuestra identidad y equivocan radicalmente el rastreo de los porqués de nuestra existencia. Orientar la vida exclusivamente por la satisfacción inmediata de las propias necesidades y deseos, vivir la existencia de espaldas a las heridas de la humanidad, agrieta la comunión humana, y silencia las auténticas cuestiones que construyen las identidades personales y colectivas, y oculta la pregunta por la Trascendencia. Acudir hoy a la cita de Dios en el interior de nuestra historia pasa por una necesaria autocrítica de una razón sacralizada y pretendidamente neutral, y por la apertura accesible a una experiencia de religación con el *misterio*: dos tareas todavía pendientes en las sociedades globalizadas y neoliberales[6].

La revelación bíblica es fuente inagotable de sentido. Dios irrumpe en las existencias de hombres y mujeres abocándolos al encuentro con la hondura de su ser, confrontándolos con el proyecto de pueblo, guiando sus ojos hacia las necesidades de los relegados y despreciados. Sus acciones, sus interrogantes y temores, sus luchas nos muestran un proceso donde su identidad se fragua en el descubrimiento de su

[5] Cf. Elizabeth A. JOHNSON, *La que es. El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, Herder, Barcelona 2002, p. 94.
[6] Cf. Eugenio TRÍAS, «Secularizar la razón», *El Mundo*, 10 de septiembre de 1997.

misión y, sobre todo, en el compromiso abrazado y querido con la historia compartida. Son sus vidas entrelazadas con la de Dios las que nos introducen en la *pedagogía del sentido*.

Me propongo releer, en este capítulo, el ciclo de Jacob, un antepasado de Israel que, junto a otras figuras masculinas y femeninas, ha inspirado y alentado el caminar de hombres y mujeres judíos y cristianos durante siglos. De la mano de los textos del Génesis, nos aproximaremos al itinerario existencial de Jacob. Nos detendremos principalmente en los relatos que narran sus encuentros con el Dios que le enfrenta con su verdad más profunda, y que le hace renacer al camino de la vida. Como compañero de viaje, Yahvé conoce sus mentiras y sus fraudes, pero su llamada y su promesa traspasan esas zonas de penumbra para abrirle nuevos espacios de luz. La reconciliación con su hermano y la vinculación con el destino de su pueblo se convierten en teofanía del Dios de la Alianza, descubriéndole así el sentido de su existencia personal y colectiva.

Las narraciones nos permiten rastrear las huellas que el encuentro con la divinidad dejó en Jacob, y descubrir al Dios que le reveló su rostro y le mostró la sabiduría y la fuerza transformadora de su ternura en la debilidad. Nos narran el itinerario de una persona que fue alcanzada por Dios y, en su compañía, no siempre reconocida, pero siempre presente, se abre a una experiencia que lo fundamenta en referencia a Dios, ensancha el espacio de su tienda para acoger al tú diferente, y le dispone a comprometerse con el destino del pueblo.

Los relatos salen igualmente al encuentro de nuestros interrogantes más profundos, y nos ofrecen una oportunidad y unas pistas para explorar el sentido último de nuestras existencias en diálogo con el misterio trascendente, provocándonos al encuentro con nuestra vocación originaria[7]. Son una invitación para acoger la presencia inespe-

[7] Como dice Viktor FRANKL, *El hombre doliente*, Herder, Barcelona 1987, p. 11: «El hombre está siempre orientado y ordenado a algo que no es él mismo; ya sea un sentido que ha de cumplir, ya sea otro ser humano con el que se encuentra. En una u otra forma, el hecho de ser hombre apunta siempre más allá de uno mismo, y esta trascendencia constituye la esencia de la existencia humana».

rada de Dios que irrumpe como eterna novedad; para explorar, de su mano y con su gracia, caminos inéditos de libertad religada y de comunión solidaria; para ensayarnos en la osadía de dejarnos conducir por su amor apasionado y abrirnos a la resignificación y transformación de la existencia entera.

La debilidad iluminada y fortalecida

Las narraciones que tienen como protagonista a Jacob y su familia comienzan en el capítulo 25 del libro del Génesis. Con la fórmula *'elleh tôl^e^dôt*, «éstos son los descendientes de» (Gn 25,19), da inicio una historia marcada desde el primer momento por la rivalidad de dos hermanos, Esaú y Jacob. La fraternidad rota y reconstruida, hilo narrativo de estos doce capítulos (Gn 25,19-36,43), se entreteje con el tema dominante del ciclo de Jacob y su familia, la bendición[8].

Son muchos y variados los acontecimientos que se narran en esta *historia de vida*. Yahvé se deja sentir y dirige su palabra en momentos muy significativos: cuando Jacob emprende su viaje desde Berseba a Jarán (Gn 28,10-22), y en el viaje de regreso a la tierra de la promesa (Gn 32,2-3.23-33). Por último, le saldrá al encuentro mientras atraviesa Canaán (Gn 35,9-15). Estas apariciones son claves para comprender en toda su profundidad estos relatos. Salir y entrar, huir y regresar, retener y dejar marchar, son movimientos paradigmáticos que dan vida a estos episodios, haciéndolos susceptibles de traspasar todo tipo de fronteras espaciales, temporales o culturales.

Tras las huellas de una historia de vida

La historia nos es conocida. Desde el vientre materno, los dos hermanos pelean entre sí (Gn 25,22-23). Durante el parto, Jacob trata de salir el primero, pero no lo logra. Más adelante, cuando ambos gemelos ya son jóvenes, Jacob arrebatará a Esaú, su hermano mayor, la *b^e^roka*, la primogenitura y la *b^e^raka*, la bendición.

[8] Cf. Luis ALONSO SCHÖKEL, *¿Dónde está tu hermano?*, Verbo Divino, Estella ³1997, pp. 99-101; Claus WESTERMANN, *Genesis 12-36. A Commentary*, SPCK-Ausburg, Minneapolis 1985, pp. 406-409.

La narración nos adelanta esos acontecimientos ofreciendo al lector una breve pero reveladora descripción de los rasgos físicos del hermano mayor, Esaú, y de las acciones del menor, Jacob. Al nacer, Esaú era pardo *('admonî)* y peludo como un manto *(se'ar)*, anticipándose ya en el texto los sucesos que serán narrados a continuación: Esaú venderá sus derechos de primogenitura y se dejará robar la bendición. Por su parte, el siguiente en nacer es Jacob, que recibe ese nombre por salir agarrando el talón de su hermano, prefigurando este gesto su manera de encarar las relaciones con su hermano, con la familia de Labán, su suegro, y con Dios mismo. Jacob suplantará a su hermano mayor y se aprovechará de él con engaño: «con razón se llama Jacob, pues me ha suplantado estas dos veces: se llevó mi primogenitura, y he aquí que ahora se ha llevado mi bendición» (Gn 27,36). Con astucia y algunas mañas, Jacob se enriquece despojando a su suegro, quien tampoco parece haber querido jugar limpio con él (Gn 30,25-43)[9]. Oseas parece releer peyorativamente la actitud de Jacob en la teofanía de Betel[10]: sus lágrimas y súplicas parecieran una treta más (Os 12,4), esta vez, con Dios.

Con trapacerías y mentiras, Jacob se aprovecha de su hermano, y le roba a su padre la única bendición que poseía y que, como herencia preciosa, otorgaba a su hijo primogénito. Abusando de la debilidad de su padre, es ciego, y usando en su provecho el nombre de Dios (Gn 27,20), Jacob *se constituye a sí mismo* en poseedor de la tierra fértil, en señor de sus hermanos y de otros pueblos que le servirán, en cauce de bendición –o maldición– para otros pueblos (Gn 27,27-29). Isaac bendice a un hijo pensando que es otro, y le reconoce en su olor, que

[9] El autor juega con el nombre de Labán y la acción de Jacob de pelar las ramas que cortó descubriendo lo blanco = *laban*, en una alusión al hecho de «desnudar/despojar» a Labán y exponerlo a la vergüenza (Is 47,2; Jr 13,26; 49,10). Cf. Luis ALONSO SCHÖKEL, op. cit., p. 174.

[10] Cf. Francesco ROSSI DE GASPERIS y Antonella CARFAGNA, *Prendi il libro e mangia!*, EDB, Bolonia 1998, p. 67.

en realidad es el de Esaú, como bendecido por Dios (Gn 27,27). El padre le otorga una identidad que no le pertenece y que, en realidad, el hijo menor tendrá que suplicar.

Pareciera que se consolida de este modo un camino iniciado desde su nacimiento, y que lo vincula a la falta de honestidad y honradez. Sin embargo, las páginas que siguen al capítulo 27 nos muestran el itinerario de un hombre que es encontrado por Dios en la noche y que, de su abrazo en la lucha, sale transformado. La estancia en Padán Aram, después de la huida forzada, está marcada por el enriquecimiento de Jacob a espaldas de Labán, su tío. Acostumbrado a actuar autónomamente y escuchando exclusivamente los deseos de su corazón, Jacob pretende *hacerse* con Raquel, la hija pequeña de Labán, pero éste, engañándole en la noche, le da antes a Lía, la mayor, tal y como eran las costumbres en la Alta Mesopotamia (Gn 29,15-30). Aprovechando la oscuridad que rodeaba a Isaac, Jacob obtuvo fraudulentamente la bendición que correspondía por derecho a Esaú; ahora en su propia oscuridad, otro se aprovecha de él (Gn 29,23). Más adelante, en Penuel, Dios luchará con él en la noche (Gn 32,25), iluminándole las tinieblas de su corazón y guiándole hasta la aurora de una nueva identidad, que le será confirmada de nuevo en Betel (Gn 35,11-12).

Casi sin sentirlo, el relato de este antepasado de Israel abre una serie de interrogantes que tendrán que ser resueltos, y en los que la intervención de Dios es decisiva. La bendición que había sido obtenida de modo fraudulento (Gn 27,1-40) tiene que ser legitimada; Jacob ha de hacerse merecedor de la promesa que le hizo el Dios de Betel (Gn 28,10-22)[11]. En último término, el que está llamado a ser «padre de Israel», tiene que vérselas con Dios, enfrentarse con su pasado de mentira y de usurpación, y abrirse a una nueva etapa donde Yahvé es Señor, y en la que Jacob se pone al servicio del proyecto de fraternidad y de justicia que Dios quiere para Israel y para los pueblos vecinos (Gn 32,23-33). Acogiendo la promesa del Dios de la Vida y haciéndola suya, Jacob se adentra por otros derroteros, hace suyas otras motivaciones para existir, encuentra otro sentido a su querer y a su hacer. Jacob empieza a mirar su historia y la historia de su pueblo con otros ojos (Gn 33). Y Dios confirma estos nuevos derroteros repitiéndole la promesa de descendencia y de tierra, que lo vincula definitivamente a la historia de amor y de alianza con las familias de los antepasados (Gn 35,9-15). Con el tiempo, Jacob bendecirá al hijo pequeño de José porque ha comprendido que el Dios de la Promesa es el Dios de los humildes y que su amor gratuito se vuelca en los pequeños y los últimos (Gn 48,13-20; cf. Dt 7,7-8).

[11] Cf. Manuel OLIVA, *Jacob en Betel*, Institución San Jerónimo, Valencia 1975.

Más que un viaje físico, el de Jacob es un itinerario espiritual. Es un alumbramiento y una inmersión en el misterio de Dios que le funda y explica, que le hace y le recrea en el amor que es y le participa como experiencia de gracia. Su historia se va forjando, no con la simple acumulación de todo lo que ha ido viviendo en su interior, sino que se forja desde Dios, en diálogo y como respuesta al amor recibido. Dios ha ido cercando a este antepasado de Israel hasta que él lo descubre como lo más íntimo de su ser, como lo único verdaderamente sustantivo en su existencia.

La historia se nos narra desde este convencimiento: Dios ha sido siempre para Jacob y su pueblo una presencia salvífica y liberadora; se ha ido constituyendo en el centro de su ser como dinamismo que lo reorienta una y otra vez a escoger la vida y la salud. En el entramado de acontecimientos que se entretejen en su vida, Dios emerge como quien «tanto le esperó», como quien le «sufrió» en su empeño de fundamentarse en sí mismo[12], y quien en las *noches de su vida* le salió al encuentro mostrándole su amor y su ternura sin límites.

Rebeca, vigía del cumplimiento de la promesa

La narración no nos ofrece, sin embargo, reconstruir el itinerario espiritual de Rebeca. De ella tenemos datos muy fragmentarios. La

[12] En su Autobiografía, Teresa de Jesús habla de Dios como quien: «tanto me esperó» (*Vida* pról. 1); «bien sabe su Majestad aguardar muchos días y años» (2 *Moradas* 1,3), «tanto tiempo me sufrió el Señor» (*Vida* 8,8).

vemos actuar presurosa para ayudar al siervo de Abrahán (Gn 24,18.20.28.46)[13], con una gran decisión para emprender la salida a una tierra nueva (Gn 24,58), consultando a Dios antes del parto (Gn 25,22), y actuando como cómplice de Jacob en el robo de la bendición (Gn 27,6-10). Nunca más vuelve a aparecer en la narración, privándonos de encontrarnos con toda su historia de salvación. Su tiempo quedó *detenido* en el engaño que ideó para que Isaac bendijese al pequeño, Jacob, tal y como el oráculo le había predicho mientras estaba embarazada. Quien lee la historia puede quedar atrapado por esa imagen olvidando a la mujer que dejó su casa, su familia y su tierra porque Yahvé la había elegido para ser madre de Israel (Gn 28,7.40), perdiendo la memoria de la mujer a quien se le dio conocer el designio del Dios de la Promesa (Gn 25,23), y que bregó por hacerlo realidad, osando desafiar y contravenir las normas sociales[14].

Al narrador no le ha interesado ofrecernos muchos más datos sobre Rebeca. Ella es necesaria como *background* de la historia de su hijo, Jacob, patriarca de Israel; desaparece en cuanto él inicia el viaje que había de cambiarle radicalmente la existencia. Le toca a quien escucha la historia examinarla críticamente, reinterpretar su figura y recrearla a la luz de los pocos datos existentes. Rebeca conoce el designio de Dios sobre sus dos hijos. Ella misma, como los profetas, se ha dirigido a consultar a Yahvé y ha recibido un oráculo directamente, sin necesidad de intermediarios[15]. Rebeca sabe que la Palabra de Dios se realiza y se dispone a colaborar activamente en su cumplimiento[16]. El carácter singular de esa experiencia teofánica (Gn 25,22-23) se contrarresta en la escena de la bendición en la cual el carácter femenino se presenta bajo el prototipo de la mujer-esposa que engaña y actúa en la sombra para conseguir sus propósitos. El narrador masculino no podía imaginar otra manera para que una mujer, en una sociedad patriarcal, hiciese valer la decisión que ha madurado desde el día en que Dios le dirigió personalmente su palabra. Rebeca es portadora de un mensaje nuclear del Dios de la promesa: su amor, su alianza, se hará con quienes ocupan el último lugar en la división del poder en la sociedad. Como Sara, Rebeca se alzará como «vigía y guardiana de la Promesa», y es plausible que su actuación con su marido Isaac y en relación a Esaú nazca de este convencimiento. Al narrador no le ha interesado poner de relieve las motivaciones femeninas, tampoco Jacob pregunta. En realidad, en ese momento, sólo le interesa que su padre no se dé cuenta del engaño. Sin embargo, a Rebeca se le ha mostrado la gratuidad absoluta del amor de Dios, y se le ha dado a conocer que el Dios de la Promesa es el Dios de los humildes y pequeños, una experiencia sobre la que se fundamentará para siempre la existencia de Israel y a la que volverá siempre que hay de convertirse y rehacer sus caminos (cf. Ex 34,8-10; Dt 7,7-8; Jdt 9,11)[17].

[13] En encuentro con el siervo de Abrahán, Rebeca destaca por sus acciones y su palabra. En total, once verbos de movimiento y uno que la presenta haciendo uso de la palabra se concentran en muy pocos versículos (Gn 24,16.18-20), presentándola como una mujer con iniciativa. Cf. Robert ALTER, *The Art of Biblical Narrative*, Orbis Book, Nueva York 1981, pp. 53-54.

[14] Cf. Catherine CHALIER, *Les Matriarches. Sarah, Rebecca, Rachel et Léa*, Cerf, París 1986, pp. 135-149.

[15] Cuando Flavio Josefo relatará este episodio, efectuará cambios que «resituarán» a Rebeca en su *propio* espacio femenino. Será Isaac quien busca a Yahvé y le consulta recibiendo él mismo el oráculo (*Antigüedades* I 18,1). Cf. Betsy HALPERN AMARU, «Portraits of Biblical Women in Josephus' *Antiquities*», *JJS* 39 (1988) 149.

Betel: una experiencia autofánica y teofánica

El encuentro primero de Betel, como después el de Penuel, se produce en la noche (Gn 28,11). El Dios que ha estado callado mientras se sucedían las intrigas y los enredos de Jacob y Rebeca, desvela su

[16] Gn 22-23 tiene una estructura que sigue el esquema narrativo de las consultas que los profetas hacen a Yahvé (cf. 2 Re 8,7-15): a) se describe una necesidad; b) se consulta a un profeta (en el caso de Rebeca es ella misma quien hará la consulta); c) se recibe un oráculo; d) el oráculo se cumple. Cf. Victor HAMILTON, *The Book of Genesis. Chapters 18-50*, Eerdmans, Grand Rapids 1995, p. 177.

[17] La revelación a Rebeca se sitúa en línea con otras actuaciones de Dios en las que el pequeño será elegido: Isaac e Ismael, Peres y Zéraj, José/Benjamín y sus hermanos, Efraín y Manases, David y sus hermanos mayores, Salomón y Adonías. Cf. Victor HAMILTON, op. cit., p. 177.

sentir y su querer. La coyuntura escogida para revelarse no es la del triunfo de Jacob, sino una ocasión en la que se siente perdido y desprovisto de su seguridad y su potencia. Dejar atrás la casa familiar, la noche y el sueño son símbolos muy elocuentes en el relato de Gn 28,10-22. Evocan la inseguridad, la debilidad, la pérdida del control. Y es precisamente en esta situación y no en la anterior, cuando Dios se le manifiesta y le habla, cuando se deja sentir como Aquel que ofrece y regala todos los beneficios que previamente Jacob quiso arrebatar por la fuerza del engaño y la astucia, en un gesto prometeico. La bendición robada le había ya hecho poseedor de todo ello y, sin embargo, Yahvé se lo repite de nuevo.

Dios le promete incondicionalmente su asistencia en un viaje que le ha de cambiar radicalmente su identidad personal y su relación con las personas. Se hace compañero de camino en una etapa que abrirá a Jacob al conocimiento de un Dios que ni intuye, porque apoyado en sí mismo, no le había dejado espacio para que se hiciera visible. Obligado a salir del mundo que lo cobija y le da seguridad, el Dios de Israel le lanza a un viaje hacia su interioridad donde se verá confrontado con su verdad y donde aprenderá a experimentarse y experimentar la realidad, apoyado en el Señor de la gracia. Le hace avanzar hacia el futuro de sí mismo, que es futuro de revelación definitiva, de elección responsable, de búsqueda de sentido en la hermandad restablecida, de compañía en libertad[18]. La desnudez de este momento es condición de posibilidad para que Jacob aprenda a acoger con el corazón y las entrañas el plan de Dios sobre él y sobre su pueblo. Regresará de nuevo a Canaán. Así se lo ha prometido Yahvé: «te haré volver» (Gn 28,15). Pero cuando se establezca de nuevo allí, será un hombre nuevo.

Leemos el texto:

> 28,10 Jacob salió de Berseba y fue a Jarán. 11 Llegando a cierto lugar, se dispuso a hacer noche allí, porque ya se había puesto el sol. Tomó una de las piedras del lugar, se la puso por cabezal, y acostose en aquel lugar. 12 Y tuvo un sueño. Soñó con una escalera apoyada en tierra, cuya cima

[18] Cf. Xavier PIKAZA, *La figura de Jesús*, Verbo Divino, Estella 1992, pp. 21-26.

> tocaba los cielos, y vio que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. 13 Vio también que Yahvé estaba sobre ella y que le decía: Yo soy Yahvé, el Dios de tu padre Abrahán y el Dios de Isaac. La tierra en que estás acostado te la doy para ti y tu descendencia. 14 Tu descendencia será como el polvo de la tierra y te extenderás al poniente y al oriente, al norte y al mediodía; y por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra, y por tu descendencia. 15 Yo estoy contigo; te guardaré por donde vayas y te devolveré a este solar. No, no te abandonaré hasta haber cumplido lo que te he dicho. 16 Despertó Jacob de su sueño y se dijo: ¡Así pues, está Yahvé en este lugar y yo no lo sabía! 17 Y, asustado, pensó: ¡Qué temible es este lugar! ¡Esto no es otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo! 18 Jacob se levantó de madrugada y, tomando la piedra que se había puesto por cabezal, la erigió como estela y derramó aceite sobre ella. 19 Y llamó a aquel lugar Betel, aunque el nombre primitivo de la ciudad era Luz. 20 Jacob hizo un voto, diciendo: Si Dios me asiste y me guarda en este camino que recorro, y me da pan que comer y ropa con que vestirme, 21 y vuelvo sano y salvo a casa de mi padre, entonces Yahvé será mi Dios, 22 y esta piedra que he erigido como estela será Casa de Dios; y de todo lo que me dieres, te pagaré el diezmo.

La palabra de alianza, sembrada por Dios en la debilidad de una etapa apenas atisbada, tendrá tal fuerza de atracción y de cambio, que será para Jacob recuerdo permanente de que no se pertenece a sí mismo, sino al Dios de su pueblo; será memoria incómoda que le guiará de nuevo hacia su centro, desde donde ha de convertirse en bendición para otros y desde donde ha de recrearse en la solidaridad y la reconciliación. En Betel Dios mostrará a Jacob que es un ser excéntrico, un proyecto de futuro siempre abierto y siempre en movimiento. Llegará un momento en el que Jacob se hará consciente de la inquietud que le atraviesa; reconocerá que en el centro de su tierra Yahvé ha sembrado su Promesa, proyectándole hacia un futuro que está más allá de sí mismo, y que tira de él, sacándole de sí y guiándole, en su noche, hacia el encuentro con el Tú en el que se mirará y descubrirá en la Promesa el sentido de su existencia[19].

[19] Cf. France TORRALBA, *Pedagogía del sentido*, PPC, Madrid 1997, pp. 30-33.

Se inicia de este modo un proceso en Jacob que culminará en Penuel, y que parece *dar ligereza a sus pies* (Gn 29,1)[20]. Jacob se pone inmediatamente en acción. Dios le ha dado una seguridad nueva que antes no poseía, ha despertado en él su disposición para responder con prontitud. El gesto lo vincula a su madre, Rebeca, quien será elegida para llegar a ser matriarca de Israel al brindar *presurosa* hospitalidad (Gn 24,18.29.46), y afirmar su *decisión* de dejar su tierra y su familia («quiero ir», Gn 24,58) para unirse a Isaac, el hijo de la promesa. Las acciones de Rebeca, modelo de excelencia en la acogida al extranjero, la vinculan con Abrahán al recibir a los visitantes en Mambré, quien también se apresuró para ofrecerles hospitalidad (Gn 18,2.6.7), y la unen con Sara y Abrahán, que responden con prontitud al llamamiento recibido de salir de su tierra para dirigirse hacia donde Dios les conduce (Gn 12,4)[21].

Tantear y gustar la presencia en la ausencia

Jacob es invitado a salir de la periferia, de los arrabales de sí mismo. En Betel, Dios se le muestra, por primera vez, invitándole a descubrirse a sí mismo. Dios ha decidido franquear el umbral de Jacob, e irrumpe como presencia que desvelando todo su amor le impulsa y le mueve a tocar la hondura de su propio ser. Al darse, Dios posibilita que este antepasado dé su respuesta pero no se la impone. La transformación de Jacob tardará todavía en llegar. Será un lento proceso que requerirá tiempo y, sobre todo, que dejará visible la paciencia de Dios, su capacidad de espera[22].

[20] La expresión «alzó los pies» es única en la Biblia: Cf. Luis ALONSO SCHÖKEL en *¿Dónde está tu hermano?*, op. cit., p. 152; Isaac Leo SEELIGMANN, «A Psalm From Pre-regal Times», *Vetus Testamentum* 14 (1964) 80.

[21] Cf. Catherine CHALIER, op. cit., pp. 81-105; Meir STERNBERG, *Poetics of Biblical Narrative: Ideological Literature and the Drama of Reading*, Indiana University, Bloomington 1985, p. 138.

[22] En la experiencia de Israel, Dios es «tardo a la cólera» (Sal 103,8-9); ha escuchado su palabra: «Yo, por la honra de mi nombre, contengo mi ira; por amor de mi gloria te doy largas» (Is 48,9). En el Nuevo Testamento, Pedro se lo dirá a sus comunidades: «No se retrasa el Señor en lo que prometió, aunque algunos lo estimen retraso; es que tiene paciencia con vosotros, porque no quiere que nadie perezca, quiere que todos tengan tiempo para convertirse» (1 Pe 3,8-9; cf. 3.15).

Jacob ha llegado a Betel sin apenas haber intuido nada de su ser personal. La vida no le ha proporcionado la ocasión de reconocerse en sus propios límites. Hasta ese momento las cosas le han ido bien, y no parece haberse preguntado nada más, no se ha sentido provocado a ir más allá. Las breves referencias a las relaciones que sostiene con su hermano y con su padre le muestran como un hombre que mira la vida desde sí y para sí. Se aprovecha de la debilidad de su hermano –está hambriento– para quedarse con la primogenitura (Gn 25,30-31); no le importa engañar a su padre si con eso puede obtener la bendición que codicia (Gn 27). La mirada está centrada en sí mismo: no le interesa salir al encuentro de la necesidad del hermano y, con respecto a su padre, no le preocupa si le engaña, sino si le reconoce y le maldice. Hay ensimismamiento y nada que refleje apertura al tú que tiene enfrente.

Con su astucia, ha logrado situarse por encima de su hermano y es plausible pensar que Jacob se haya sentido superior, incluso se haya felicitado a sí mismo por su ingenio. El éxito de sus artimañas le ha podido llevar a pensar que podía construir su futuro por sí solo, que podía reivindicar una autonomía absoluta, al margen incluso de Dios mismo.

En Betel, Dios le comunica una verdad fundamental para el tramo de vida que empieza a partir de ese momento: encarar los propios límites es la condición de posibilidad para encontrarse con Dios y abrirse a su proyecto de vida[23]. Y Jacob asiente sobrecogido a una palabra que desconocía, y reconoce en ella la presencia amorosa que le desborda: «cierto que Yahvé está en este lugar y yo no lo sabía» (Gn 28,16). Sabe que Dios le ha introducido en su propio misterio: «esto no es otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo» (Gn 28,17). Y esa presencia será inquietud constante, aguijón que no le dejará, porque en sus ojos ha quedado impreso el amor gratuito del Dios de la promesa. En su corazón resonará una palabra que reconducirá su deseo de Dios y que

[23] «*La experiencia de Dios*, en términos cristianos, coincide con la experiencia de la contingencia, cuya palabra –*cum tangere*– ya es sugerente: tocar la tangente». Raimon PANIKKAR, *La experiencia de Dios*, PPC, Madrid 1994, p. 36.

le ofrecerá la garantía de una compañía que le hará volver su rostro al proyecto de vida que se le ha confiado (Gn 28,13-15).

El juego de espacios en el relato es revelador de esta verdad paradójica: sólo nos elevamos y accedemos Dios cuando bajamos y tocamos nuestra contingencia. Jacob se *tumba* en el suelo a dormir... (Gn 28,11), se abrirá al misterio desde su tierra/humus, en un momento en el que las defensas han cedido. La imagen de la escala que se apoyaba en la tierra y cuyo remate estaba en los cielos habla en este mismo sentido, y así se ha interpretado en la tradición espiritual del cristianismo[24].

En la visión, Dios invita a Jacob a vivirse como criatura en manos de Dios, a dejar atrás sus valores y a adentrarse por sendas inéditas de verdad y libertad. La humildad se le propone como epifanía de su auténtico ser, como experiencia de humanización, y al mismo tiempo como ámbito de revelación del rostro de Dios. El Dios de la Promesa quiebra los estereotipos del hombre viril que se afirma frente a los otros con poder y con violencia, que arrebata por la fuerza y la mentira espacios de prestigio y reconocimiento.

La fuerza sanadora de la memoria

Dios provoca a Jacob a reconocer sus límites, su debilidad y su vulnerabilidad, su ignorancia desde el amor que Dios le tiene. En Betel se le revelará que su dignidad y su grandeza está en el Dios que le habita y le acompaña, de quien recibe el ser constantemente. Yahvé es el Dios de los antepasados, el Dios que le promete tierra y descendencia, que le ha de acompañar y guiar en toda su itinerancia (Gn 28,13-15). Tocar su ser contingente le prepara para acoger al Dios de la promesa y reconocerle como quien le otorga gratuitamente sus dones y le regala su bendición. Cuando al final de sus días Jacob haga memoria de su historia, le dirá a José, su hijo: «El Saday se me apareció en Luz, en país cananeo; me bendijo y me dijo: Mira, yo haré que seas fecundo y que te multipliques; haré de ti una asamblea de pueblos, y daré esta tierra a

[24] Cf. Anselm GRÜN, *La sabiduría de los padres del desierto*, Sígueme, Salamanca 2000, pp. 22-23.

tu descendencia» (Gn 48,3-4). Betel y no la casa de su padre será el lugar en el que recibió la bendición.

Dios le ha abierto una senda que todavía ha de recorrer y ensayar, pero que sin duda dejó huella en Jacob. Cuando emprenda el camino de regreso a su tierra natal, se dirigirá a Dios reconociendo su pequeñez y la grandeza de su amor: «¡qué poco merecía yo *(qatônti)* todas las mercedes *(hasadîm)* y toda la confianza *('emet)* que has dado a tu siervo!» (Gn 32,11). En su memoria quedará grabada una huella indeleble: Dios es su pastor desde el principio de sus días hasta el presente (Gn 48,15; cf. Sal 23). Es él quien le ha guiado rescatándole *(g'l)* de todo mal (Gn 45,16).

Dios va a obrar en la vida de Jacob, no porque éste sea bueno o haya decidido seguir sus huellas, sino por fidelidad a sí mismo. La acción salvadora de Dios en la vida de Jacob, su tenacidad en sostenerle y hacerle crecer no ha quedado esclava de sus mentiras y fraudes. Dios libremente derrocha su bondad sobre él y su familia porque le ama a pesar de sus resistencias y su obstinación en caminar apoyado en sí mismo (cf. Ex 34, 8-10; Dt 7,7-8).

Dios será fiel a su promesa y no le retirará su amor aunque siga engañando a Labán (quien tampoco se distingue por la honradez en el trato con Jacob). Los textos que cuentan los sucesos en Padán Aram las tensiones con Labán y sus hijos reflejan que Dios le sigue favoreciendo. Las narraciones no justifican las acciones de Jacob, sino que ofrecen una imagen de Dios que no se cansa de amar. Esa huella de amor despertará en último término el deseo de Jacob de volver a Canaán, tal y como le prometió al inicio del viaje, y de acoger la misión que se le va a encomendar: colaborar en la construcción de la familia de Israel. El amor ofrecido una y otra vez ensanchará el ser de Jacob y lo capacitará para abrirse a Dios y a sus hermanos. Comunicándole su ternura le habilitará para recibir cada vez más amor y para disponerse a regalarlo sin condiciones[25].

[25] «Nos hiciste, Señor, para ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en ti». SAN AGUSTÍN, *Confesiones* I,1.

Jacob no ha buscado esa experiencia, le ha sido dada. Y el regalo que Dios le ofrece es que se asome, por primera vez quizás en su vida, a una verdad que ha de guiarle, aún sin él saberlo, y le ha de atraer hasta el final de sus días. Al hacerle consciente de su contingencia, se le ha regalado la experiencia de saberse en Dios, de elevarse desde la ausencia que descubre en sí mismo a la presencia que le trasciende y le plenifica. Iniciará una andadura que le llevará a conocer al Dios liberador cuya experiencia sólo se regala a los que dejan atrás posturas egoístas y se abren a su amor gratuito.

De la bendición usurpada a la bendición suplicada: Gn 32,23-33

El relato de la bendición de Isaac en el capítulo 27 del Génesis abre un arco narrativo en el ciclo de Isaac, que de alguna manera venía ya prefigurado desde el oráculo que explica a Rebeca la confrontación que se está dando en su vientre (Gn 25,23). Desde el inicio el narrador hace saber al lector la enemistad y las dificultades que han de atravesar los dos hermanos. El robo de algo tan sagrado y vital como la bendición del padre, es el desencadenante de una serie de acciones y reacciones que hacen esperar a quien lee estos hechos una solución definitiva. El relato de la aparición de Dios en Penuel (Gn 32,23-33) ha sido colocado en un momento clave de la historia: Jacob regresa a su tierra natal. A partir de este encuentro, hay una inflexión fundamental en el desarrollo de los acontecimientos[26]. Todos los sucesos previos aparecen como una lenta gestación y un doloroso parto de Jacob.

En Betel, Dios abrió un proceso de diálogo con Jacob, huido de su hermano, fugitivo de sí mismo. Ahora, «cara a cara con Dios», se dejará conducir hacia un futuro no sostenido ya por sus propias manos sino por las de Dios, un futuro que ha de liberarlo de sus esclavitudes personales, para ligarlo definitivamente a un proceso de realización en comunión con otros hombres y otras mujeres.

[26] Cf. Antoni CRUELLS, «El relato de Gn 32,23-33», *Estudios Franciscanos* 358 (1977) 81.

Leamos el texto bíblico:

> 32,23 Todavía de noche se levantó, tomó a las dos mujeres, las dos criadas y los once hijos y cruzó el vado del Yaboc. 24 A ellos y a cuanto
> tenía los hizo pasar el río. 25 Y se quedó Jacob solo. Un hombre peleó
> con él hasta despuntar la aurora. 26 Viendo que no le podía, le golpeó
> la cavidad del muslo; y se le quedó tiesa a Jacob la cavidad del muslo
> mientras peleaba con él. 27 Dijo: Suéltame, que despunta la aurora.
> Respondió: No te suelto si no me bendices. 28 Le dijo: ¿Cómo te lla-
> mas? Contestó: Jacob. 29 Repuso: Ya no te llamarás Jacob, sino Israel,
> pues has luchado con dioses y hombres y has podido. 30 Jacob a su vez
> le preguntó: Dime tu nombre. Contestó: ¿Por qué preguntas por mi
> nombre? Y lo bendijo allí. 31 Jacob llamó al lugar Penuel, diciendo: He
> visto a Dios cara a cara, y he salido vivo. 32 Salía el sol cuando atrave-
> saba Penuel; y marchaba cojeando. 33 Por eso los israelitas no comen
> el tendón del músculo de la cavidad del muslo, hasta hoy; porque
> Jacob fue herido en la cavidad del muslo, en el tendón del músculo.

Jacob ha emprendido el viaje de regreso a Canaán. Ha sentido de nuevo la llamada del Dios de Betel (Gn 31,13), el mismo que le prometió devolverle a la tierra en que nació y concederle descendencia innumerable (Gn 28,13-15). En sus oídos ha vuelto a resonar esta bendición de prosperidad, de seguridad y permanencia, así como también la misma promesa de presencia y compañía. De la casa de sus padres, Isaac y Rebeca, había salido enemistado con su hermano Esaú, habiendo engañado a su padre, alejándose de la madre que lo protegía, y hacia un futuro incierto entre gentes y costumbres que desconocía. La bendición, que con trampas había conseguido, no se traslucía plenamente en aquel presente oscurecido por la mentira, la rivalidad y el enfrentamiento, la separación del entorno conocido, y las penalidades del camino.

En el camino de regreso y en un lugar fronterizo, Yahvé vuelve a aparecerse a Jacob. Atrás han quedado todos los episodios en casa de su tío Labán, la hospitalidad y la amistad compartida, las dificultades y tensiones de la relación, y los «viejos modos» de actuar de Jacob, no del todo olvidados. Inicia el camino de vuelta enriquecido, con varias

mujeres y muchos hijos. Los problemas con Labán le *recuerdan* la promesa del Dios de Betel (Gn 31,11-13). Otra vez la debilidad y el no poseer «todos los ases de la baraja» le vuelcan al encuentro con el Dios que sobresale por encima de él, en bondad, en gratuidad y en fidelidad. A lo largo de los capítulos que constituyen este ciclo, la misericordia de Dios se manifiesta cuando más lejos parece estar Jacob. Esta es la honda experiencia espiritual que nos devuelven estos textos[27].

La narración de Gn 32,23-33 está rodeada de misterio. Nuevamente los símbolos conducen nuestra reflexión. La noche y la soledad en un lugar fronterizo enmarcan un relato enigmático que constituye un punto crucial en la historia de Jacob. Si atravesar el vado del Yaboq es difícil durante el día, la oscuridad de la noche lo hace aún más arduo. Las tinieblas apenas dejan vislumbrar los cuerpos de los dos que pelean, y hace todavía más dramática la lucha que sostienen. Jacob se ha quedado solo. Ha hecho pasar al otro lado a sus mujeres, sus siervas y sus once hijos[28], junto con todas sus posesiones. Se queda sin compañía y sin haberes, pero con el miedo al encuentro con Esaú. Por último, el vado del río señala la frontera que ha de traspasar para regresar a casa. Jacob ha buscado la soledad conscientemente, como si el reencuentro con su tierra natal y con su hermano al que teme (Gn 32,12) hubiera alterado su equilibrio vital y necesitara resituarse en la nueva coyuntura. La narración subraya su iniciativa: «se levantó», «tomó a», «cruzó», «les tomó y les hizo pasar el río e hizo pasar también todo lo que tenía» (Gn 32 23-24), como si Dios mismo estuviera ya conduciéndole sabiamente a un encuentro que había de dejar en él una huella de vida.

Todos estos elementos se conjugan para enfatizar la debilidad de Jacob, su vulnerabilidad y su fragilidad, pero nos hacen entrever

[27] La noche de Pascua los cristianos cantamos: ¡Feliz culpa que mereció tal redentor!; y Teresa de Jesús, haciendo memoria de su vida dirá: «Y mientras mayor mal, más resplandece el gran bien de vuestras misericordias» (*Vida* 14,11).

[28] El narrador se ha olvidado de Dina, la hija de Lía y Jacob. Como la presencia de tantas otras mujeres israelitas, queda eclipsada por el protagonismo de los varones en la historia de Israel.

igualmente la fuerza que anida en su ser y busca con insistencia mostrarse[29]. De esta manera se preparan las condiciones necesarias para el encuentro con el Dios que esta vez ha de engancharle definitivamente en su proyecto de vida. La situación límite que vive a la orilla del Yaboq es epifánica, posee la virtualidad de desvelar el rostro del ser humano y de Dios, como tantas otras experiencias de ultimidad que se dan cita en la historia[30].

Cuando amanezca, Jacob será otro. Las fronteras de espacio y de tiempo que ha de atravesar plantean ya desde el principio de la narración el motivo de la misma. Jacob va a ser confrontado. Será interrogado por Dios, quien le llevará a elegir entre la vida o la muerte, entre la plenitud o la esterilidad de una vida insolidaria y prepotente. Penuel es el lugar del encuentro cara a cara con Dios. Tendrá que tomar una decisión que marcará toda su existencia posterior[31]. Ya había decidido volver y reencontrarse con Esaú, pero todavía lo quiere hacer a su modo y con los medios de los que siempre se ha valido, la astucia[32]. De la pelea con Dios brotará, sin embargo, una nueva orientación en sus relaciones. El sentido de su existencia cambiará radicalmente. En esa frontera de su historia Dios ha irrumpido y se ha dado a conocer y sentir de manera completamente nueva. Cuando amanezca, Jacob vislumbrará su futuro porque Dios mismo se ha hecho garante del mismo, porque lleva en su carne el sello de que Dios es su fuerza y su sabiduría, porque en su cerrazón Yahvé ha abierto una grieta de amor y de fortaleza en la debilidad, de confianza y de abandono, una fisura por donde se pierde a sí mismo y se gana para otros. Y Jacob consentirá, se dejará mirar y tocar por Dios, abriéndose entre ambos una comunicación que fecundará sus acciones futuras.

[29] Cf. Raimon PANIKKAR, *La plenitud del hombre*, Siruela, Madrid 1998, p. 57.

[30] Cf. Javier VITORIA, «Bordeando a Dios historia adentro», *Iglesia Viva* 223 (2005) 50.

[31] Cf. Karl RAHNER, *De la necesidad y don de la oración*, Mensajero, Bilbao 2004, pp. 125-127.

[32] Al enterarse de que Esaú viene hacia él con 400 hombres, lleno de temor, decide dividir el campamento en dos, para que, en caso de ataque, al menos uno de ellos sobreviva; y además, prepara una expedición con regalos para que Esaú le sea propicio.

He visto a Dios cara a cara

La pelea da inicio sin que Jacob sepa quién está peleando con él[33]. Tampoco el lector o lectora lo sabe. El narrador ha usado la palabra *'is*, que de acuerdo con el tono del relato habría que traducir por «alguien», y no por «hombre», la acepción más común del término hebreo. De hecho, estamos ante este relato críptico que acentúa, desde el principio, el tono enigmático y oscuro del mismo al colocar una serie de acciones sin explicitar el sujeto que las realiza[34]. El rostro del que lucha con él se desvelará únicamente al final del relato: «he visto a Dios cara a cara» (Gn 32,31). Los ojos de Jacob están cerrados para reconocerle hasta el momento en que recibirá la bendición[35]. En la oscuridad de la noche Dios se desvelará. La noche es, por tanto, signo de lo sagrado. Revela y esconde al mismo tiempo. Como la nube que guiará al pueblo en el desierto (Ex 19,18; 40,34-35) deja adivinar la presencia de Dios, pero a la vez, la oculta, la encubre. El relato mismo habla de proceso. Asistimos a una pedagogía del encuentro con la divinidad. Todo se desarrolla en el mismo lugar; sin embargo, lo que sucede está envuelto todo ello en el movimiento de los dos cuerpos que se pelean. Permanencia y movimiento, estabilidad y cambio, enmarcan el encuentro con Dios. Jacob es encontrado en un momento concreto de su historia, y ahí es urgido al cambio existencial. La articulación dislocada de su muslo es el sello que atestigua lo sucedido entre él y Yahvé, la densidad de la experiencia espiritual que ha acontecido en Jacob y que ha de determinar para siempre su existencia.

[33] Los autores han tratado de explicar la identidad de este desconocido de maneras muy diversas. Ver Luis ALONSO SCHÖKEL, op. cit., pp. 203-207; Victor HAMILTON, *The Book of Genesis. Chapters 18-50*, Michigan 1995, pp. 329-330; Claus WESTERMANN, op. cit., pp. 515-517. Los rabinos lo convierten en un ángel de Dios.

[34] En la pelea los verbos se suceden sin indicar el sujeto. Se aclarará cuando en el v. 26 se afirme que «se le quedó tiesa a Jacob la cavidad del muslo» (cf. v. 32).

[35] Como en otros textos, las personas no reconocen la presencia de la divinidad sino después de que ésta haya realizado algo maravilloso. Así le sucede a Abrahán y Sara (Gn 18), a Manoaj y su esposa (Jue 13), a los discípulos de Emaús (Lc 24).

El combate en la orilla del Yaboq nos revela que el silencio y la soledad son imprescindibles para escuchar y conocer a Dios, pero que igualmente la experiencia del combate, de la prueba, de la lucha son espacios donde Dios se revela.

Es Dios quien da inicio al combate (Gn 32,25). La provocación procede de Dios que le enfrenta cuerpo a cuerpo y cuando se encuentra sin defensas. No tiene tiempo de preparar ninguna estratagema, tal y como había ya ideado para aplacar la ira de su hermano Esaú (Gn 32,8.14-22). Dios le coge por sorpresa, y lo halla en un momento en el que desea la reconciliación, pero siente temor y angustia (Gn 32,8); en un tiempo que busca la paz, pero siente amenazada la vida de los que quiere, sus mujeres y sus hijos (Gn 32,12); en una coyuntura en que, como nunca antes, debilidad y fuerza se hermanan en su ser (Gn 32,11). Así queda reflejado en la súplica que dirige a Yahvé momentos antes de la contienda (Gn 32,10-13). Jacob se siente igualmente inseguro. Sabe que cuenta con una bendición, pero suplica ser bendecido de nuevo (Gn 32,27)[36]. La promesa del Dios de Betel, sembrada en el invierno de su tierra, se ha ido abriendo paso, pero fue necesaria su estancia transitoria en Jarán. El encuentro con Dios en Penuel significa la rotura definitiva de su ser viejo, pero la travesía no es fácil. La pelea dura toda la noche.

El relato de Penuel nos ofrece una verdad fundamental para crecer en la fe y para dejarse hallar por el Espíritu de Dios que nos vivifica. Es Dios mismo quien tiene la iniciativa, quien provoca al ser humano a encontrarse de frente con él. Es Dios, quien haciéndose el encontradizo en las distintas coyunturas de la vida, invita al ser humano a hacer la experiencia de perder progresivamente el control de la situación, a caminar y avanzar sin ver con absoluta claridad, sin comprender del todo... En la pedagogía divina este aprendizaje es básico para consentir que Dios tome la iniciativa, para cultivar la sabiduría del dejarse con-

[36] George G. NICOL compara la historia de Jacob con el mito de Edipo viendo algunos puntos de contacto entre ellas. Para este autor, un punto importante del texto de Gn 32,22-32 es que Jacob lucha por una bendición legítima («Jacob as Oedipus. Old Testament Narrative as Mythology», *Expository Times* 108 [1996] 44).

ducir. La experiencia que Jacob hace de Dios no es, por tanto, el resultado de su propio esfuerzo, ni ganancia de su capacidad creadora, sino más bien efecto de la acción de Dios en él. Es entonces cuando Jacob inicia su verdadera andadura, seducido por Dios y dispuesto a generar espacios de solidaridad y reconciliación, en su compañía.

El dejarse conducir no es algo meramente pasivo, lejos de lo que pueda afirmarse en nuestros contextos occidentales. Ciertamente cuestiona la posición arrogante del yo que se cree con capacidad para determinar y controlar toda la existencia, la suya y la de los otros. La experiencia que Dios posibilita a Jacob, y a la que él consiente con decisión y libertad, le abre a una concepción de sí y de los demás diferente. En el encuentro con Dios, Jacob no obstaculiza la iluminación que recibe, y accede a «ser reflejo» de ella, del mismo modo que la gota de rocío no impide que se reflejen en ella cielo y luna[37].

Pero este dejarse conducir es siempre una tarea inacabada, un aprendizaje nunca concluido, una puerta a la fidelidad concebida como estabilidad que se fragua en el cambio y en el movimiento[38].

Buscarte has en mí y buscarme has en ti[39]

En el regreso a su tierra natal, Jacob hace memoria del Dios que le salió al encuentro en Betel prometiéndole su compañía y su asistencia en el viaje que emprendía, y se expresa así: «Oh Dios de mi padre Abrahán, y Dios de mi padre Isaac, Yahvé, que me dijiste: "Vuelve a tu tierra y a tu patria, que yo seré bueno contigo", qué poco merecía yo todas las mercedes, y toda la confianza que has dado a tu siervo» (Gn 32,10-11).

La experiencia espiritual que le fue dada hacer en Betel ha dejado en Jacob una huella indeleble, una impronta emotiva primordial que le

[37] Como afirma la sabiduría oriental, citado por Juan MASIÁ CLAVEL, *El animal vulnerable. Invitación a la filosofía de lo humano*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 1997, pp. 259-260.
[38] Los poetas logran expresar estas verdades de una manera muy honda, como hace Salinas: «el huirte es obediencia. / Y si mi alma no te está / nunca quieta, / no la llames volandera: / fidelidad te he jurado / –yo de hierro, tu de aire– / de veleta».
[39] Expresión de Teresa de Jesús. Cf. nota 1.

va a posibilitar en este momento abrirse a un nuevo encuentro con la divinidad. Ha experimentado al Dios de sus antepasados como un Dios benevolente y amante de sus criaturas. Y esta experiencia sitúa a Jacob con una confianza básica para afrontar la situación del regreso y el encuentro con Esaú. Todavía no sabe bien cómo, todavía ha de ser conducido, desde su debilidad, al conocimiento de Dios. Pero la experiencia en Betel le ha proporcionado una sabiduría y una confianza que le sustenta: Dios no se olvida de sus promesas y es un Dios lleno de ternura entrañable. «¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ésas llegasen a olvidar, yo no te olvido» (Is 49,15).

La rehabilitación de los deseos

A Jacob le cambia la vida en una noche. Inesperadamente alguien le enfrenta directamente y le hiere físicamente, dejando en su cuerpo la marca de la vulnerabilidad fortalecida y de la fuerza que alumbra en la debilidad. El combate es una oportunidad para aprender más de su propio ser personal, de las condiciones en las que se desenvuelve su existencia y su capacidad para enfrentarlas personalmente con la compañía de Dios.

Jacob va a comprender que detrás de su necesidad de «pararse» y separarse de su familia y sus posesiones estaba no sólo el miedo a Esaú, ni tan siquiera sólo el deseo de *re-significar* su vida desde el Dios de la Promesa, el Dios que le salió al encuentro en Betel, sino la profundidad del designio de Dios sobre su vida[40], el cuidado solícito del Dios de la Promesa que quiere que se encuentre con su verdad más profunda.

Jacob ha huido siempre de su debilidad, la ha enmascarado con sus astucias y sus embustes que le han llevado a situarse por encima de todos. La historia de sus relaciones se ha entretejido hasta entonces a base de rivalidades y confrontaciones; ha interiorizado que sobrevivirá

[40] Podríamos citar aquí las palabras de San Agustín, cuando narra su ida a Roma: «Mas no dejaré de confesarte el motivo que me movió, porque aún en estas cosas se descubre la profundidad de tu designio y merece ser meditada y ensalzada tu presentísima misericordia para con nosotros» (*Confesiones*, V,8).

si logra ser más fuerte, arrebatando al otro –a su hermano, a su padre, a su suegro– por medio de engaños y fraudes lo que desea: poder, riqueza, honor...

Sin embargo, en Betel va a asomarse a una verdad diferente: tocar y enfrentar la debilidad no es una experiencia de pérdida, sino de una puerta abierta al crecimiento y a la solidaridad con los diferentes, una ocasión para aprender humanidad y para asomarse al corazón entrañable de Dios. Los límites y la precariedad de su ser serán posibilidad y desafío, invitación continua a hacerse y rehacerse desde la fuerza amorosa de Dios. Hasta entonces no ha mirado de frente su fragilidad; la ha cargado sobre sus espaldas como un fardo pesado, y la ha escondido a la mirada de los otros, impidiéndose crecer de la única manera que le viene dado, en la relación con el tú diferente.

Las líneas maestras de la narración del encuentro con Dios en Penuel no escapan completamente de una visión androcéntrica del funcionamiento de las relaciones interpersonales y sociales. El narrador describe el encuentro entre Jacob y el Dios de los antepasados como una lucha que tiene un vencedor: «viendo que no le podía *(ycl)*» (Gn 32,26); «le has vencido *(ycl)*» (Gn 32,29). ¿Cómo entender e interpretar estas afirmaciones sin perpetuar los modelos patriarcales? El reto que se plantea es adentrarse en la experiencia espiritual de Jacob sin quedar atrapados en las dinámicas de perdedor/ganador, reflejo de una visión masculina de la realidad que se ha infiltrado en los entramados de la existencia de los varones, interesados y motivados desde siempre en ganar; pero también de las mujeres que en las sociedades actuales adoptan cada vez más estos patrones. Tenemos el peligro de encerrar a Dios en una visión masculina de la realidad *haciendo* de él un vencedor.

Sin embargo, el relato de Génesis 32 horada ese significado primero y conduce al lector o lectora del mismo hacia otro significado mucho más hondo y paradójico[41]. Con Dios, la ambición de ganar y

[41] De hecho, hay una marcada ambigüedad en el relato de Génesis 32, no identificando con nombre propio los sujetos de las acciones verbales.

triunfar se transforma en una oportunidad para aprender más, para desbrozar nuevas sendas de exploración de lo creado, para ampliar horizontes y ensayar nuevas aproximaciones a lo humano. Se abre así una vereda que nos conduce a un Dios diferente, un Dios que ama apasionadamente, que se hace vulnerable por amor. Se nos muestra el rostro de un Dios que amando y ofreciéndose no pierde, que dándose no se gasta. Se nos abre un espacio de libertad y de crecimiento diferente. En ese combate cuerpo a cuerpo, Jacob se encuentra con la misericordia de Dios y en ella se hace fuerte[42].

Jacob descubrirá lo que paralizaba su ser y bloqueaba sus energías, y bregará con fuerza hasta ser bendecido («no te suelto hasta que no me hayas bendecido», Gn 32,27), porque en su ser había quedado grabada la promesa: «Estoy contigo adondequiera que vayas» (Gn 28,15). Inicia la senda de la rehabilitación de sus deseos[43]. Anhela y suplica la bendición pero lo hace sabiéndose herido. Su herida no le abocará, sin embargo, a sus *infiernos*, sino que será el clamor de un amor que le guiará permanentemente en la búsqueda del Dios trascendente de quien es la huella[44]. La narración nos hace vislumbrar así una transformación en el espacio interior de Jacob. Su tenacidad en la lucha es una súplica, un grito que desvela su corazón. Ya no se sabe «dueño» de la bendición; ahora la suplica, pero lo hace con la fuerza que emana desde dentro, recibida y sembrada por el Dios que ahora le muestra un horizonte nuevo de sentido: «en adelante no te llamarás Jacob, sino Israel» (Gn 32,29).

Hasta ahora caminaba desorientado en la vida; a partir de este momento, sus energías vitales se orientarán al proyecto que Dios pone en sus manos: construir la fraternidad haciendo posible la promesa de tierra y descendencia que Yahvé prometió a Sara y Abrahán, a Agar,

[42] Cf. Jacques LOEW, *En la escuela de los grandes orantes*, Narcea, Madrid 2000, pp. 41-42.
[43] Cf. Xavier QUINZÁ, *Desde la zarza. Para una mistagogía del deseo*, DDB, Bilbao 2002.
[44] La herida de Jacob nos recuerda la experiencia que tan bellamente describe san Juan de la Cruz en el *Cántico espiritual*: hemos sido heridos por su amor y por este motivo «... allí está el gemido de la herida clamando siempre en el sentimiento de la ausencia» (CB 1,14).

Isaac y Rebeca (Gn 35,1-15). Sin negar la visión particularista de la promesa que traslucen estos relatos, lo cierto es que Jacob ha de entender que su vida está llamada a ser cauce de bendición y que ello sólo es posible si reconoce a su hermano como presencia de Dios y no teme su bondad (Gn 33,12). El combate con Dios le ha regalado unos ojos reconciliados y generosos para mirar a su hermano. Sobre ese fundamento reiniciará su vida en Canaán. A esa experiencia de fraternidad, Jacob llegará después de haber descubierto el Tú que le habita y que desde dentro le ha dicho que le ama[45].

Luchar abrazado con Dios

En Betel se le muestra a Jacob su anhelo de interioridad. Al llegar al Yaboq toma la decisión de encontrarse con la hondura de su ser abierto a la Trascendencia, y se queda solo, en silencio. Parece que una fuerza interior le ha guiado hasta ese momento de su existencia, como si alguien le urgiese a callar para encontrarse con lo que ha tratado de esconder durante toda su vida. Antes de continuar el viaje hacia la tierra de los antepasados, Jacob se detiene porque le urge otra travesía hacia dentro. El silencio habla y la soledad se vuelve sonora enfrentándole con la verdad, y abriéndole a otras posibilidades de existir[46].

Al callar Jacob se adentra en su yo más profundo, y en la soledad de la noche emergen sus miedos y sus dificultades para amar y ser amado. Pero, se le ha concedido, por gracia, iniciar ese proceso de lucha abrazado a Dios. Luchará con sus sombras, su mal, su injusticia, sus conflictos; se enfrentará a sus resistencias para compartir el proyecto de comunión y liberación que Dios le ha ofrecido desde antiguo. Pero lo hará abrazado a Dios[47], sintiendo la proximidad de su fuerza,

[45] Cf. Raimon PANIKKAR, *La plenitud del hombre*, Siruela, Madrid 1998, pp. 52-61.
[46] Cf. Juan MASIÁ CLAVEL, op. cit., pp. 295-296.
[47] Según Hamilton, el término «luchar» *('bq)* puede vincularse con el verbo «abrazar» *(hbq)* que aparece en Gn 33,4. De esta manera, el hombre que inicia el combate con Jacob lo «abraza para luchar», y Esaú lo abrazará para reconciliarse con él. Dos verbos que vincularán de una manera muy estrecha el encuentro con Dios y con el hermano. Cf. Victor HAMILTON, op. cit., p. 329.

percibiendo en su ser que hay una presencia que le desborda, que escapa a su conocimiento racional y a su control y, que, sin embargo, le atrae de tal forma que no desea dejarla marchar. Jacob descubre a Dios como el tú absoluto y totalmente otro que le invita a reconocerse como yo amado y responsable que camina acompañado.

Jacob es provocado por Dios a encarar su pasado de mentira. Ha de enfrentarse a sus demonios, los que le alejan de la verdadera sabiduría y le mantienen encadenado a sus pasiones, a su deseo de constituirse en centro y término de todo. Jacob se ha vivido exigiendo que todo girase alrededor suyo; esa fuerza le ha dominado y le ha impedido amar. En Penuel, Dios le provoca a sanar su corazón enfermo enfrentándose con las raíces de su mal para que sean transformadas en un abrazo de amor[48].

Al iniciar el combate, Jacob no sabe quién pelea con él. Probablemente su mente está confusa y atemorizada ante el inminente encuentro con Esaú, el hermano al que engañó[49]. Dios le provocará en la lucha hasta que reconozca delante de él su identidad enferma: «¿Cómo te llamas? Y respondió: Jacob» (Gn 32,28). Se concederá entonces acoger la nueva identidad que se le brinda, la de quien perdonado se abre a la hermandad y está dispuesto a recibir la misericordia de Esaú: «En adelante no te llamarás Jacob sino Israel» (Gn 32,29). Es entonces cuando sus ojos descubren la verdad honda que se le ha regalado y a la que progresivamente él se ha abierto adentrándose por los derroteros del discernimiento hasta llegar a proclamar: «He visto a Dios cara a cara» (Gn 32,31).

[48] En este sentido la figura de Jacob conecta con la de Abrahán, quien se presenta en las narraciones como «el paradigma de creyente y el paradigma de la persona que se arranca a su propio pasado, que se confía a una voz que le llama y que se afirma en la promesa de Alguien mayor». Cf. Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Historia, Hombres, Dios*, Cristiandad, Madrid 2005, p. 512.
[49] Estamos ante un relato enigmático. Quien comienza a pelear con él, se identifica como «alguien», apuntando así a la incapacidad de Jacob para darse cuenta que Dios le ha salido al encuentro. Cf. Francesco ROSSI DE GASPERIS y Antonella CARFAGNA, *Prendi il libro e mangia!*, p. 227.

Jacob permanece en la contienda, no se deja llevar por el abatimiento, la tristeza o la cobardía. Con la fuerza de Dios se opone a ese «yo» que ha pretendido erigirse en dueño y señor, y que se ha servido de los que estaban a su lado para sus propios intereses. El deseo de ser bendecido le mantiene en la lucha. En último término se sabe amado sin condiciones, y esa certeza le llevará a dejar atrás su pasado y abrirse a un futuro diferente. La lucha de Jacob pone de manifiesto la gracia de Dios pero también la decisión humana de colaborar con ella. El amor de Dios le guía en el combate, y, por eso, sale renacido de la lucha. No se ha herido ni se ha dañado porque el Dios de la Promesa le ha dado su ternura para mirar su fragilidad y su autosuficiencia. No se ha enquistado en su culpabilidad encadenándose aún más a su ser enfermo porque *sabe* que Dios le protege y le cuida. Encontrarse con su verdad no es ocasión de vergüenza, sino de crecer en el amor recibido y revestirse de la fuerza de Dios para iniciar una nueva andadura, la de la libertad en el amor.

Ganado para la hermandad, la reconciliación y la paz

El relato habla de un cambio de nombre. Al nacer recibió el nombre de Jacob, *Ya'qob*, de la raíz *'qb*, que, como sustantivo, significa «talón» y como verbo «suplantar», «echar la zancadilla»[50]. Es decir, en ese nombre está contenido el pasado de falsedad y fraude del hijo pequeño de Isaac y Rebeca. Hasta este momento, los capítulos precedentes han provisto al lector de muchos ejemplos donde ha comprobado la forma de ser y de actuar de Jacob; es decir, de Tramposo, Artero, Fullero[51]. El futuro de este hijo será descrito, a partir de la aparición en Penuel, con otro nombre. A partir de entonces se llamará *Israel*. Los capítulos 33 y 35 nos aportan datos importantes en este sentido:

[50] El sentido de «suplantar» lo retoma Os 12,4: «en el seno materno suplantó a su hermano».
[51] Aceptando la etimología popular, Luis ALONSO SCHÖKEL, en op. cit., pp. 105-106, traducirá el nombre de Jacob de ese modo.

En Gn 33,3 hay cambios fundamentales de actuación en Jacob: «Jacob pasó delante de ellos y se postró siete veces en tierra antes de llegar ante su hermano». Antes de Penuel, Jacob pensaba siempre en ir detrás, protegiéndose detrás de sus posesiones y su gente (Gn 32,17.19.21). La modificación de conducta queda enfatizada con la colocación del pronombre personal *hû'*, él, delante del verbo que implica el paso a posiciones de vanguardia (Gn 33,3). Por otra parte, se dice que Jacob se inclinó rostro en tierra (Gn 33,3). De Canaán salió creyéndose que las naciones y su familia se postrarían ante él (Gn 27,29); después de su pelea con Dios, es Jacob quien se postra ante su hermano, llevando a cabo ante él un ritual destinado a los señores. Es entonces cuando el texto dice que Esaú lo abrazó y lo besó estrechándolo entre sus brazos. La hermandad se sella desde abajo, desde el reconocimiento del otro. Es un giro total de perspectiva. La experiencia de la reconciliación entre los dos hermanos es sacramento del encuentro con Dios mismo.

La descripción del recibimiento de Esaú es muy semejante a la del padre del hijo pródigo[52]. Esaú corre al encuentro de Jacob, le abraza, se le echa al cuello y le besa. Todos los verbos subrayan la cercanía y la proximidad. Son gestos elocuentes de perdón y de acogida incondicional del hermano que le había herido previamente. Esta actitud se prolonga en el diálogo que los dos mantienen después. Esaú se preocupa por la seguridad de su hermano y su familia (Gn 33,12-17), y le ofrece su compañía en el regreso.

Jacob, a su vez, se comporta con Esaú como lo haría con Dios. De hecho reconoce en el rostro de su hermano el rostro de Dios. A nivel experiencial y salvando las diferencias de lo sucedido, Jacob une estrechamente este encuentro con la pelea que tuvo en Penuel. En el capítulo 32 se dice que vio el rostro de Dios (*panîm*, v. 31); en el capítulo 33 ve el

[52] Algunos autores comparan el encuentro de Esaú con Jacob con el encuentro que tuvieron Aarón y Moisés después de que Yahvé casi mata a éste último (Ex 4,24-26.27-31). En ambos casos, la confrontación con Dios deriva en que entre las dos parejas de hermanos se fragua una nueva relación (cf. Victor HAMILTON, op. cit., pp. 341-342).

rostro de su hermano, y las dos visiones le parecen semejantes («he visto tu rostro como quien ve el rostro de Dios», 33,10). Después de ver a Dios, Jacob se siente salvado (*nasal*, Gn 32,31), y después de ver a Esaú siente que éste le ha sido favorable (*rasah*, Gn 33,10). La reconciliación con Dios se verifica plenamente cuando se reconcilia con su hermano. Cuando ésta se ha verificado, de nuevo se le aparece Dios en Betel (Gn 35,1-15). Allí le bendice y le repite el cambio de nombre y de identidad, confirmando la vocación-misión a la que ha sido llamado. Es muy significativo que en esta aparición situada al final del ciclo de Jacob, la promesa de fecundidad y descendencia está formulada en términos de pueblo (*goy, q^ehal gôyim*, Gn 35,11). Jacob ha quedado vinculado al futuro de una nación, de un colectivo. La tierra que poseerán será el espacio que garantizará su crecimiento y su consolidación como comunidad histórica. Ya desde Penuel, Dios le había tocado en el *yérek* («muslo», designa también el órgano genital masculino); es decir, allí donde reside su potencia generativa. Simbólicamente el texto ha mostrado cómo Dios hiere allí a Jacob para transformar definitivamente su capacidad de generar vida. Y de hecho así sucede. A partir de este momento Jacob reconocerá en Dios al autor de la vida. Inmediatamente después de la última aparición en Betel (Gn 35,1-15), nace Benjamín, mientras Raquel muere.

De acuerdo con la narración, la reconciliación de los dos hermanos no fue algo pasajero. Después de estos sucesos, vuelven a encontrarse juntos en el entierro de su padre Isaac (Gn 35,28-29)[53]. Después del restablecimiento de las relaciones armónicas, cada uno de ellos había continuado su propio camino. La muerte del padre los reúne de nuevo[54].

La experiencia en Penuel ha marcado la salida definitiva de Jacob. En torno a ella se articularán otras salidas, del mismo modo que otros

[53] Luis ALONSO SCHÖKEL, «Gn 35,28-29: Muerte de Isaac y reconciliación fraterna», *Estudios Bíblicos* 45 (1997) 287-295.

[54] En los textos del Génesis, cuando aparece el padre, éste juega un papel fundamental para sostener la fraternidad. Ahí tenemos la figura de Isaac y la del mismo Jacob (Gn 27,41; 35,28-29; 44,30-34; 50,16-20).

éxodos previos posibilitaron que se alumbrase para él este nuevo nacimiento. En la lucha con Dios se ha mostrado fuerte, pero su fuerza reside en la súplica, en el reconocimiento de su necesidad de ser bendecido por Dios. Jacob vence cuando deja que Dios sea el señor de su historia, cuando se deja cambiar el nombre y el destino, cuando se dispone a verificar en sí mismo y en su entorno los cambios que garantizan un nuevo futuro de hermandad y concordia. Transformado él, puede iniciar un camino de transformación de la realidad. En la debilidad se ha evidenciado su fuerza, que no es otra que la de Dios mismo. Su cojera será el signo que le recordará siempre esta inversión de valores en su existencia; será la memoria siempre presente y siempre desafiante del señorío de Dios en su vida y en la vida del pueblo, que continuamente le sitúa en camino, en búsqueda solidaria de su realización personal y colectiva. Dios lo ha liberado de su pasado fijado en la mentira, el fraude y la muerte. A partir de ahora, lo hace avanzar por caminos de fraternidad, de esperanza creadora y de humanidad plenificada.

Palabras finales

La relectura que hemos hecho de los textos no tiene pretensiones de totalidad. Más bien, busca sugerir y provocar ulteriores reflexiones que, encarnadas en los pasos diarios de nuestra existencia, orienten nuestra praxis y nos ayuden a configurar las *totalidades de sentido* que alimentan y vivifican nuestro proyecto de vida, religándonos con todo el cosmos.

Los encuentros de Dios con Jacob tienen un carácter epifánico. Nos revelan lo que significa ser plenamente humanos y nos introducen en la pedagogía de Dios. Jacob descubrirá en Dios la fuente, el soporte y la meta de su ser, y acogerá el desafío de vivirse de cara a un horizonte de sentido que le provoca a una reordenación continua de sus pertenencias. Son relatos donde se nos desvela que el amor y la solidaridad entrañable son principios estructurantes de las personas y los colectivos, de las conciencias y de las acciones intrahistóricas.

En este sentido, los textos del Génesis ofrecen pautas de construcción de la masculinidad que desafían los modelos dominantes –de entonces y de ahora– y posibilitan de este modo caminos de recreación de la interacción entre hombres y mujeres. El hacer misericordioso de Dios con su pueblo se convierte en un paradigma para mirar, para escuchar, para comprometerse... con compasión. La historia de vida de Jacob proyecta un itinerario de acción para hombres y mujeres, proporciona un marco en el que reconstruir y *leer* nuestra propia trayectoria vital, y donde reconocer y amplificar las preguntas de sentido que laten en nuestro interior. Pero sobre todo, su relato de vida cuestiona certezas, modifica significados y impulsa a iniciar procesos de transformación y cambio.

Nos hemos adentrado en una sabiduría del vivir muy diferente a la que se nos trata de imponer en las sociedades actuales. Frente a la búsqueda narcisista del propio futuro, los textos bíblicos hablan de solidaridad con los procesos históricos que conducen a la liberación de pueblos y personas. Más allá de la superficialidad en las relaciones, se descubre la hondura del vivir en la proximidad que se atreve a tocar la vulnerabilidad propia y la de los otros, a sentir con el prójimo. La vulnerabilidad y el fracaso, el miedo y el dolor, no tienen la última palabra, sino que son ocasión donde la gracia de Dios se muestra como fuerza liberadora y generadora de hermandad. La narración del itinerario de Jacob nos presenta a una persona que se atrevió a tocar su radical contingencia liberándolo de la tentación de autoidolatrarse. En ella se nos ofrecen igualmente aperturas al sentido de la vida, se apuntan respuestas hechas realidad en la vida de Jacob, vulnerables y frágiles como la misma condición humana.

Los textos revelan que consentir a la acción de Dios genera sujetos autónomos y grupos que se viven en una interdependencia solidaria. Las personas dejan de ser objetos en manos de otros para convertirse en hombres y mujeres protagonistas de su historia, abiertos a la Trascendencia, hombres y mujeres que se regalan y se ofrecen en servicio para el bien de sus comunidades. La figura de Rebeca cobra, en este sentido, una relevancia muy especial. Es ella la que ha comprendido la

Promesa y quien la defiende, más allá de las convenciones sociales. Emerge como una figura que, adentrándose en el Misterio de Dios es provocada a vivir en libertad y encaminar a otros por esa misma senda. De ella aprenderá Jacob que el Dios de Israel visibiliza su promesa de modo singular en los últimos, en los pequeños. No obstante, la semilla que su madre sembró fructificará mucho más adelante, cuando Dios mismo le salga al encuentro.

La religación con Dios es inseparable de la religación con los hombres y mujeres diferentes con los que hacemos el camino de la vida. No hay autorrealización sin misión. No hay mañana sin un presente de comunión y entrega.